

El interior del edificio sobrecogía más de lo esperado. Reinaba un silencio sepulcral que helaba la sangre hasta congelar el alma. El aire envejecido pesaba en los pulmones, escaseando en cada bocanada, pero Robert estaba decidido a terminar de una vez por todas con aquel ser. Quizás fuese humano o quizás no. No lo sabía porque solo contaba con un par de referencias; un puñado de desoladoras historias vecinales y la silueta difusa que él mismo divisó la noche anterior a través de los sucios ventanales de aquella morada. Aún temblaba al recordarlo: apenas unos simples puntos de luz que hipnotizaban, invitando a no apartar la mirada y a acudir a un encuentro con final incierto.

Se adentró de manera sigilosa; no pretendía anunciar su llegada. Ignoraba a qué se enfrentaba, y eso le impedía comprender que ya le esperaban. De haberlo sabido, no se habría presentado voluntario para aquella empresa. Actuó movido por su linaje. Descendiente de los grandes héroes de Escocia, su pueblo esperaba lo máximo de él, y el chico no defraudó en ningún momento. Admirado por ganar un puñado de batallas en defensa del clan, el poblado resistió la conquista inglesa bajo la magistral dirección de Robert. Méritos que le condujeron a ser erigido por unanimidad como líder. A su éxito ayudó mucho la capacidad estratégica derrochada a la temprana edad de veintiún años. Aunque, no todos sus valores resultaban tan consistentes como aparentaban, pues, una vez en el interior del edificio, la valentía del joven vacilaba a medida que se acercaba al pie de la escalera.

El muchacho avanzaba temeroso. Cada paso acariciaba el suelo con la misma sutileza que si pisara un cristal que no quisiera quebrar. Se detuvo para mirar en derredor; la escalera caracoleaba hacia el piso superior, iluminada por los escasos rayos de luz que se filtraban a través de la mugre de las ventanas. Puede que el palacete se mostrara exuberante en otro tiempo, cuando la nobleza británica lo mimaba. Si embargo, aquel día reseñable, se presentaba ruinoso, tras el abandono que había sufrido durante los últimos treinta años.

Unos pasos a sus espaldas captaron su atención. El sonido reverberó en la estancia hasta tal punto que desenfundó la espada por si la necesitase. Percibió el vello de la piel erizándose en cascada. Primero la nuca, después la espalda. A continuación, los brazos. Una oleada de pánico originada por un ruidito de nada.

Al girarse descubrió sus propias huellas impresas en la suciedad del mármol.

—¿Quién anda ahí?! —gritó, haciendo alarde de valor—. Da la cara, seas lo que seas.

La voz sonó contundente, aparentando que la situación no lo gobernaba. Como buen guerrero, conocía que con actitud y fachada se podían ganar algunas batallas. Entonces, divisó un surco de pisadas cuyo origen se tragaba la oscuridad y que proseguían hacia arriba, invitando a seguirlos por las escaleras. Pero no halló rastro de nadie.

—«Si tiene estos pies, será humano —pensó». Aunque, en el fondo, dudaba de que así fuese.

El eco de los zapatos reapareció más arriba, y hacia ellos se encaminó, decidido a poner fin a una incertidumbre que amenazaba con derribar los fuertes cimientos de su propia valía. No perecería en el intento una vez llegado a ese punto, así que anduvo con paso firme, mientras asía el arma en alto con gesto desafiante. En la pared, unos candelabros iluminaban la subida. Juraría que era la primera vez que los veía encendidos, porque los recordaba apagados cuando entró. En cualquier caso, no importaba. Todo se antojaba demencial en aquel extraño lugar.

—¿Cómo osas venir a mi morada? —Escuchó preguntar al llegar al rellano de la primera planta—. ¿Acaso no aprecias tu vida?

La voz procedía de una de las estancias, contundente y desafiante, pero, en cierto modo, le brindaba algo de esperanzas. Si teniendo ocasión no le había atacado, seguro que estaba dispuesto a pactar para evitar cualquier confrontación innecesaria.

—¡Dé la cara, señor! ¡He venido a negociar un acuerdo beneficioso para ambos!

Aunque, en el fondo, pretendía atravesarlo con su espada —la misma que tantas vidas había sesgado desde tiempos inmemorables—. Más tarde, cargaría con su cabeza hasta el poblado. Entonces, ganaría bastantes puntos para agrandar la leyenda de los Wallace.

Mientras divagaba entre momentos de gloria, una sombra de forma extraña apareció en la estancia. Se apreciaba temblorosa por la escasa luz de las velas que alumbraban el lugar. Y fue cuando Robert reparó en que se había hecho de noche. Algo imposible a mediodía, pero la luz que atravesaba las ventanas brillaba por su ausencia. El terror regresó, dispuesto a quedarse, avivado por un cúmulo de circunstancias imposibles.

—¿Qué clase de ofrecimiento vienes a presentarme? —interrogó la sombra titilante.

—¡Da la cara! No quiero pactar sin mirarte a los ojos —ordenó. Esta vez se saltó los formalismos, quizás se ahogaron en el mismo miedo que le mantenía a la deriva.

La mancha sombría desapareció en la oscuridad, mezclándose en la clandestinidad que esta ofrecía. Segundos después, dos puntos de luz roja aparecieron de la nada. Similares a dos ojos dibujados en un lienzo negro que intimidaba.

—Adelante. Ahora puedes verme. —Una línea de idéntico color pareció pintarse bajo las anteriores marcas, a modo de fría sonrisa.

—No es lo que esperaba ver... No es así como te ha visto me gente. —El chico se sinceró en un marcado deje que denotaba decepción por lo que presenciaba. Desencanto originado al ser conocedor de muchas atrocidades cometidas por aquel ser despiadado.

—¿Y quién eres tú para esperar nada de mí? ¿Acaso no sabes quién soy y de dónde vengo?

Robert avanzó, dando unos pasos tan cortitos que apenas se apreciaban. Su espada se sustentaba con pulso firme y mente fría.

—No temo tu linaje. Tampoco tu origen es de mi incumbencia, pero no quiero volver a verte por aquí. Esta es mi tierra y mi gente. De algún modo siempre lo fue, y de cualquier otro siempre lo será...

El soliloquio engordaba un ego que, hasta entonces, se antojaba perdido como rabo entre las piernas. El maligno no escuchaba nada de lo que decía, pues su atención se hallaba centrada en la espada. No podía creer lo que veía.

El joven redujo un par de palmos más la distancia, mientras su arma mantenía hipnotizado al demonio. Quien distinguía el reflejo de sus ojos en la hoja de acero. Sin embargo, lo que más recabó su atención fue la piedra incrustada en la empuñadura junto a los detalles que la ornamentaban. No albergaba dudas; conocía cuanto aquella espada ancestral representaba.

—Y, ¿qué clase de acuerdo sugieres que pactemos? —Su voz sonaba tan conciliadora como desafiante. En el fondo, era consciente de poder sesgar la vida de aquella mosca en menos tiempo que una vaca de un coletazo. Del mismo modo que sabía

que, si el acero sagrado le rozaba, correría la misma suerte que sus ancestros. Y Vlad no estaba dispuesto a dejar que eso ocurriese.

—Márchate —sentenció sin más—. No vuelvas a atacar a mi pueblo ni a nuestros animales. Queremos vivir en paz. Bastantes guerras tenemos contra los ingleses.

—¿Y qué gano yo a cambio? —Estaba determinado a obedecer con tal de que apartase de su vista el artefacto que empuñaba, pero no debía mostrar debilidad alguna. Y menos en el momento que percibía cierto calor en su ser ocasionado por la cercanía del metal. Si no se le ocurría algo pronto, la situación se tornaría fatídica.

—¡Márchate y vivirás para contarlo! —gritó con ímpetu amenazante. Robert aproximó la punta de la espada a la sombra, apreciando que la mancha refulgía al son de unas tímidas llamas.

Vlad retrocedió, obligado ante lo que podía ser su fin. Entonces, su sombra se esfumó como el vaho azotado por el fuego, e instantes después apareció a espaldas del muchacho. Robert se giró, sorprendido, pero manteniendo la guardia.

—¡No temas! ¡No tengo intención de atacarte! —exclamó para que depusiese su actitud. Esa fue la primera vez que adoptó forma humana, aunque su cuerpo permanecía oculto por una túnica negra. Los puntos de luz del rostro se apreciaban bajo la capucha. —No volveré a molestaros. Partiré hacia otro lugar en busca de mejores oportunidades.

—Londres es la ciudad perfecta para pasar desapercibido —apuntó el joven en un alarde de ocurrencia.

Si le convencía, mataría dos pájaros de una pedrada. No solo se desharía de él, sino que, además, sembraría la semilla del mal en el corazón de su mayor enemigo.

El pacto sellado aquel día por uno de los descendientes del escocés más ilustre y valiente de todos los tiempos —William Wallace—, no solo relata los hechos de cómo Robert atesoró aún más méritos para enardecer a su linaje. Además, querido lector, esta es la auténtica historia de cómo el conde Vlad acabó asentándose en tierras londinenses.